

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR.

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Yacabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

El Espíritu Santo.

Vamos á demostrar que el Espíritu Santo es el padre de las ciencias y de las artes, para que el espíritu moderno que no es bueno, ni santo, se muestre avergonzado y confuso ante la revelacion clarísima y abrumadora de su esterilidad é impotencia, patentes á través de todos los siglos, siempre que ha pretendido emanciparse del Espíritu divino, fuente única y autor soberano de toda luz, de toda inspiracion y de todo progreso legítimo y saludable.

Este Espíritu divino, único, simple, múltiple, sutil, movable, discreto, purísimo, benigno, estable, seguro, es el que ilumina las inteligencias, y mueve las voluntades, fecundiza la fantasia, purifica los afectos, dirige á los sábios, inspira á los artistas, y en-

gendra toda belleza. Es el artifice soberano de todas las cosas que fueron creadas, y de todas las creaciones que atribuimos al génio del hombre sin advertir que ese divino Espíritu es el autor de los talentos y el inspirador de los ingénius. *Omnium enim est artifex* (1).

Piensa el espíritu moderno que entiende, concibe, revela, y crea de suyo, de su propia cosecha, y no sabe que el Espíritu divino se vale de él para comunicar al mundo los rayos de su inteligencia, y las órdenes de su voluntad. Enseña Santo Tomas (2) que aun los falsos profetas no hablan siempre por inspiracion demoniaca, sino que algunas vees lo hacen por inspiracion divina. De Bala-

(1) Sapient. VII.

(2) 2, 2, q. 172, art. 6.

am, profeta del Espíritu malo, se sirvió para anunciar la verdad el Espíritu Santo (1). Las sibilas fueron, por inspiración de lo alto, profetisas inspiradas de Cristo, y de su vida en medio de la noche en que vivía el antiguo mundo. La verdad, ora brote de los labios del justo, ora de los labios del malvado, y aunque sea anunciada por el mismo príncipe de las tinieblas, siempre viene de su foco único que es el Espíritu de Dios, como afirman los preclaros doctores, S. Agustín (2) y el Crisóstomo (3). *Veritas á quocumque dicatur á Spiritu Sancto est.*

Este Espíritu divino inspiró á Moisés la invención de las letras entre los hebreos y á Abraham entre los siros y caldeos, y á la reina Isis entre los egipcios, y las letras griegas á los fenicios. Por lo cual dijo Lucano: *Phenices primi, magno si creditur ausu, mansuram rudibus vocem signare figuris.* Si Dionisio Leoncio inventó el nombre de las sílabas, y perfeccionó sus formas, mereciendo una estatua por sus trabajos; si Aristóteles distinguió el primero las dos partes de la oración, el *nombre* y el *verbo*, y Donato determinó las ocho partes de la ora-

ción gramatical, no lo hicieron, en verdad, sin la inspiración del Espíritu divino. La sublime poesía de los hebreos inventada por Moisés, la de los griegos por Acatésuis, la de los siros por Ferecides, la fábula inventada por Alcino cretoniense, la historia por Moisés en el pueblo judío, por Dares, Frigio y Herodoto en la Grecia, no pudieron nacer sin la inspiración de aquel Espíritu soberano que comunica al espíritu del hombre la verdad y el bien. La Retórica inventada por los griegos, Górgias, Demóstenes y Hermágoras, y trasladada al idioma latino por Julio Quintiliano y Ticiano; la Dialéctica inventada por Aristóteles, y definida en ocho libros por Varrón; la Física fundada por Tales, uno de los siete sabios, que escudriñó el sistema planetario, y los misterios de las cosas naturales, ciencia que Platon distribuyó en cuatro definiciones; la Ética, ciencia de las costumbres y reglas de bien vivir, instituida por Sócrates; la Aritmética, escrita por Pitágoras, y ordenada por Nicomaco entre los griegos, y enseñada por Apuleyo y Boecio á los latinos; la Geometría, inventada por los egipcios; la Música, inventada, según Moisés (1), por

(1) Núm. XXI.

(2) Secundo super Gen. ad literam.

(3) In quo dam serm.

(1) Gen IV.

Tubal, descendiente de Cain, según los griegos, por Pitágoras, según otros, por Lino de Tebas, y Zeto y Aulion, autores del arte musical; la Astronomía, enseñada por Abraham á los egipcios como atestigua Josefo, inventada como quieren otros, por Atlante de quien refiere la fábula que con sus hombros sostenia los cielos; la Medicina, inventada por Apolo entre los griegos, ampliada despues por su hijo Esculapio, que murió herido de un rayo, y con él la ciencia de curar, prohibida entonces por las leyes, hasta que pasados casi cinco siglos, renació bajo el reinado de Artagerges, rey de Persia, y fué cultivada con gloria propia y ageno provecho por Hipocrates, hijo de Asclepio; la Cronologia, inventada por Eusebio, Obispo de Cesarea y trasladada á la lengua latina por San Jerónimo; la ley positiva divina entregada por Moisés á los hebreos, la legislación civil dada por Foroneo á los griegos, por Mercurio Trimegisto á los egipcios, por Solon á los atenienses, por Licurgo, á los lacedemonios, por Numa Pompilio á los romanos, la Escritura con punzón de hierro en tablas enceradas, inventadas por los turcos y los griegos; el uso de las *chartas* que comenzó en Memphis, ciudad de

Egipto como indican estas palabras de Luciano: *Conficitur bibula Memphis charta papyrus*, y la inmediata invención de las membranas; los pesos y medidas que Moisés inventó y puso como ley entre los hebreos; la Agricultura enseñada primero en Grecia por Esiodo, y por Catón en Italia; el cultivo de la vid, inventado por Noé, la fabricacion del hierro, inventada por Tubalcain, así como los instrumentos bélicos, y los primeros rudimentos del arte escultórico, como se lee en el Génesis (1); la Arquitectura, inventada por Dedalo entre los Griegos, la Pintura por los Egipcios, la Carpintería la sierra y el compás por el jóven Perdicen, la urdimbre, ó el arte textorio por Noema, hermana de Tubalcain, el arte sutorio, ó de hacer zapatos, por Rómulo, el venatorio, ó de caza por Nembroth, todas las invenciones útiles, todos los descubrimientos provechosos, todas las luces, todos los bienes, todos los progresos, todo lo que ilustra, perfecciona, y glorifica á la humanidad, tiene su principio, su origen y su foco en el Espíritu de Dios, espíritu de verdad, de fortaleza y santidad, que en los periodos cósmicos era llevado so-

bre las aguas, y fabricaba los mundos con todas sus magnificencias y armonías, y en la formación del mundo sobrenatural preside, dirige y gobierna las maravillosas creaciones que brotan continuamente, merced á su divina fecundidad, del seno inagotable de su mística Esposa la Santa Iglesia Católica.

Z. M.

Los nuevos mártires.

(Continuación.)

El Canciller Tomás Moro.

Hombre eminente en ciencia y virtud, su talento y sus servicios al Estado, le llevaron al empleo de Gran Canciller de Inglaterra. Habiendo el Rey roto los lazos que le unían con la Santa Iglesia, por divorciarse y casarse con Ana Bolena, Tomás dimitió su cargo y se retiró á la vida privada.

Viendo que por medios suaves y brillantes ofertas, no lograban arrancarle el juramento, que comprendía el reconocimiento de la supremacía eclesiástica de Enrique VIII y de su escandaloso divorcio, recurrieron á la violencia y encerráronle en la torre de Londres. Y como gozando de una gran tranquilidad de conciencia, se consolase de las grandes privaciones que sufría, con los libros, á que era muy aficionado, se los quitaron también.

Los amigos intentaron ablandarle, alegando que no debía confiar en su propia opinión, sino en la de todo el Parlamento

de Inglaterra. «Si fuese yo solo contra todo el Parlamento, contestó, desconfiaría de mí mismo, pero el caso es que tengo de mi opinión á toda la Iglesia Católica, que es el gran Parlamento de los cristianos.»

Como su esposa tratase de persuadirle que obedeciese al Rey, y salvase la vida para consuelo de sus hijos: «¿Cuántos años, contesto, piensas que puedo vivir?—¡Mas de veinte años, replicó ella!—¡Ahl! esposa mía! contestó, ¿y quieres que cambie la eternidad por veinte años?»

Viendo Enrique VIII que nada lograba doblegarlo, mandó que lo decapitasen. Tomás que amaba tiernamente á su hija Margarita á quien habia enseñado el griego y el latin, se la encontró al salir de la sala en que le acababan de leer la sentencia de muerte.—¡Padre mio!—exclamó ella arrojándose á sus brazos. ¿Y consentis en morir inocente?—¿Qué quieres tú, hija mia, respondió el sonriendo, que muriese culpable?

La víspera de morir, escribió con un carbon que pronto no daría pesadumbre á nadie, y que ansiaba ver á su Dios en la octava de San Pedro y aniversario de la traslación de las reliquias de Santo Tomás de Cantorvery, de quien era particular devoto. Su muerte fué la de un santo, y el tiempo que precedió á la ejecución lo empleó en orar fervorosamente. Perdonó al verdugo, á quien habló afablemente y le dió una moneda por su trabajo. Antes de morir, protestó ante el pueblo que moría en defensa de la fé católica, apostólica, romana.

Margarita Pole

Era Madre del Cardenal Pole, que había gozado de la privanza del Monarca y Condesa de Salisbury. Pero como el Cardenal hallándose en Roma desaprobara enérgicamente á Enrique VIII cuando su apostasia y divorcio, el Rey le llamó á Inglaterra. Y habiéndose negado á hacer semejante viaje, el Rey empleó todas las astucias y medios para atraerle porque la opinion del Cardenal era de gran peso en el Reino, y su familia ilustre, pues su madre descendia de sangre real.

Esta, y varios parientes del Cardenal fueron, pues, encerrados en calabozos, como criminales de lesa majestad. Las acusaciones que contra ellos se formularon eran tan absurdas, que ni siquiera hubo manera de formar proceso á Margarita.

Habíasela encarcelado en un calabozo para que sirviera de rehen, responsable de la conducta del Cardenal, su hijo. Pero al fin, hubo que condenarla sin oír la y sin motivo justo y aparente.

Contaba á la sazón Margarita setenta años, y aunque encorvada más por los pesares que por la edad, sostuvo con tesón hasta el fin la noble entereza de su ilustre cuna.

Cuando el verdugo le mandó que inclinase la cabeza sobre el tajo: «No, contestó, jamás inclinaré la cabeza ante la tiranía; si la quieres, trata de cortarla como puedas.» El verdugo, en efecto, le pegó un violento hachazo que no le dió bien. La desgraciada, extraviada, por el dolor y con los blancos cabellos flotantes púsose á correr sobre el baldoso, pero el verdugo le persiguió y no

logró decapitarla sino al cabo de haberla pegado varias veces con el hacha.

«¡Qué horrible escena! exclama el historiador protestante Cobbet. ¡Todo inglés debería avergonzarse, de pensar que tuvo lugar en su país!»

El P. Campian

Natural de Lóndres y estudiante distinguido, se ordenó de diácono según el rito de la religión anglicana. Convertido al catolicismo entró en la Compañía de Jesús, en Roma, en 1573.

Fué enviado con el P. Parsons por Gregorio XIII á Inglaterra, cuando la persecucion arreciaba bajo el reinado de Isabel. A la sazón se había publicado un edicto contra los Jesuitas, denunciándolos como Misioneros papistas, enviados por la Corte de Roma para excitar al pueblo á sublevarse contra su soberana. Harto sabia la Reina que los Jesuitas, aunque eran hostiles á su supremacia eclesiástica como católicos, para nada se mezclaban en política, pero á fin de disimular el vacío de las doctrinas anglicanas, se acusó á los Jesuitas de conspiradores.

Entretanto los PP. Campian y Parsons barlaban todas las pesquisas. El P. Donall, Jesuita irlandés, apenas desembarcado en Irlanda, y despues de vanos esfuerzos para hacerle abjurar, acababa de ser ahorcado y descuartizado: Lejos de amilanarse, el P. Parsons escribía al Padre General que le enviase cinco Sacerdotes más de la Compañía, pues la mies abundaba con la sangre derramada.

El P. Campian, que poseía grandes

notes y que había evangelizado en Londres con muchísimo fruto, salió por precepción de la capital. El pueblo, fiel y los señores mas nobles se agolpaban de noche en los oscuros retiros donde los Jesuitas se refugian. El doctor Allen decia en 1581: «Los Padres han ganado mas almas en Inglaterra en un año, que hubieran podido conquistar durante toda su vida en otras partes: Créese que hay diez mil católicos mas que el año pasado.»

Rogado por sus mismos amigos el Padre Campian, compuso un opúsculo, titulado *Las diez razones*, que segun Antonio Moreto, uno de los mejores escritores de la época, era «un libro de oro escrito verdaderamente por la mano de Dios.» En la Universidad de Oxford, donde era muy admirado el entendimiento del Padre, produjo una saludable reaccion en favor de los católicos. Los sectarios, no sabiendo como contrarrestar la lógica llena de energia y dulzura del Jesuita, multiplicaron los esbirros para que lograran descubrirle.

Lograronlo al fin, á sazón que el Padre Campian estaba diciendo misa y predicando en el castillo de Lyford. El Padre atravesó las calles de Londres con un rótulo en el sombrero, donde se leia: «Edmundo Campian, Jesuita sedicioso.» A pesar de lo cual, por uno de esos sentimientos consoladores en las muchedumbres, el pueblo conmovido al ver aquel Sacerdote tranquilo y sonriente, envolvió sus iras contra el traidor apóstata que lo había vendido.

Encerrado en la torre de Londres, en un calabozo subterráneo, fué conducido

al palacio del favorito de la Reina. Interrogado acerca de la mision que había llevado á Inglaterra, su franqueza fué tanta, que la misma Reina no se desdenó de asistir al interrogatorio. Y como ella le preguntase si la reconocia como soberana, el Padre respondió: «Seré siempre vuestro vasallo, pero antes que inglés, soy cristiano católico.» Isabel se retiró.

Sometido dos veces al potro, en cuyo tormento esperaban arrancarle sonados delitos, el Padre lo soportó con un heroismo que conmueve, y sin proferir una queja. Con los pies y miembros destrozados, fué conducido de nuevo ante una reunion que pretendia convencerlo, hacerle apostar ó por lo menos infamarlo. Pero se defendió con tal elocuencia, á la par que enseñaba sus miembros lastimados, que un testigo dijo al salir: «Este hombre, antes se dejará arrancar el corazón estando vivo, que cometer una indiscrecion contraria á la caridad ó la conciencia.»

Para tranquilizar á sus companeros, escribió: «Me siento con valor y espero tener bastante energia para no dejarme arrancar, por grandes que sean los tormentos, ni una palabra que pueda perjudicar á la Iglesia de Dios.» Interceptada esta carta, fué sometido á otra controversia y puesto en el potro.

El Padre triunfó una vez mas, y sus palabras fueron tan elocuentes, que el hijo del duque de Norfolk que asistia se convirtió en el mismo instante al catolicismo. Los mas sabios doctores del protestantismo quedaron vencidos. Ellos se vengaban haciéndole expiar sus triunfos en el tormento.

La última discusión tuvo lugar el 14 de Noviembre ante el jurado. El P. Campian rebatió las imputaciones de conspiración entre hombres que se conocieron en la cárcel y nunca se habían visto, y alegó que, si él decía más y ejercer los misterios sacerdotales eran delito de lesa magestad, se atrevieran los jueces á declararlo así, y ni uno de los acusados dejaria de confesar su culpabilidad.

El jurado pronunció la sentencia de muerte, y el Embajador de España, Mendoza, fué testigo de la ejecución del Padre y sus compañeros. Acercóse al P. Campian un predicador hereje en actitud arrogante, y le dijo: «Tratad de morir bien.»—«Y vos tratad de bien vivir»—respondió el Padre.

Arenegó antes de morir á la multitud, sobre el texto: «Somos espectáculo del mundo, de los ángeles y de los hombres,» y contestó valerosamente á los que le argüían de traición. Después de ahorcado iban los verdugos, según la costumbre, á arrancarle el corazón, pero Carlos Howard, Gran Almirante de Inglaterra, para dar una muestra de simpatía en favor de la inocencia del Jesuita, les mandó que no lo tocasen hasta que exhalase el último suspiro.

Tres días después, el Embajador Mendoza escribió á su hermana doña Ana: «El modo con que el P. Campian ha sobrellevado el suplicio, le coloca en el número de los más ilustres mártires de la Iglesia de Dios.»

P. Alejandro Briant.

Durante las vistas domiciliarias que se hicieron en Londres para dar con el Pa-

dre Campian, fué sorprendido de noche, como uno de sus cómplices en el Sacerdocio y en las buenas obras, Alejandro Briant. La policía vino en conocimiento de su estado por el caliz y ornamentos que le ocuparon. Contaba á la sazón 28 años, era de rostro angelical, buen teólogo y estaba dotado de gran elocuencia.

Encerrado en la Torre de Londres, y después de haber sufrido mucho del hambre y de la sed, fué sometido al tormento varias veces. Claváronle alfileres en las uñas mientras le preguntaban el paradeiro de los PP. Parsons y Campian. No os lo diré, replicaba, y no porque lo ignore; los he visto y he habitado bajo el mismo techo que ellos. Hacedme sufrir todos los tormentos que queráis; no por esto sabreis más de mi boca.

Desde la prisión escribió una hermosísima carta, en la cual confesaba que, habiéndose encomendado á la Santísima Virgen, rezándole el Rosario, antes de entrar en el último tormento, «no solo no sentia dolor alguno, dice, mas antes me parecia que realmente descansaba del tormento pasado, y así perseveré todo el tiempo que me atormentaron con tanta quietud y serenidad como si nada por mí pasara. Y fué tanta la novedad que les causó á los ministros y oficiales de la Reina, que me mandaron quitar del tormento.»

Era uno de los siete compañeros de prisión del P. Campian, y de religion, y fué ejecutado al mismo tiempo que él, el 1.º de Diciembre de 1581.

El P. Tomás Cottam.

Compañero de cárcel del P. Campian,

el P. Cottam, también de la Compañía, sobrevivió cuatro meses, pues fué llevado al cadalso en 30 de Marzo de 1582 con otros tres Sacerdotes. Estos mártires, lo mismo que los anteriores, fueron sometidos al tormento; dos veces lo sufrió el P. Cottam con grandísimo valor. Arrastrado al cadalso, intimáronle que confesase su traición á la Reina, y que implorase su perdón: «No haré ni lo uno ni lo otro, respondió, porque nunca he sido culpable de tales crímenes. ¿Os parece creíble que tantos Sacerdotes á quienes habeis hecho sufrir una muerte horrible hayan sido todos rebeldes, y que ni uno solo confesase haber pensado siquiera en este crimen? Delante de esta horea, prontos á comparecer delante del terrible Tribunal de Dios, lo mismo que ayer al sufrir los horribles dolores causados por el tormento, todos sin excepción protestamos que condenais á unos inocentes.»

Y murió gloriosamente por Cristo.

Cuarenta y seis mártires.

En general, la Inglaterra oficial demostró poca heroicidad ante el cisma: los nobles y el clero apostataron miserablemente. Hubo sin embargo hermosísimas excepciones. La virtud se había refugiado principalmente en los monasterios. Forzados á prestar el juramento de supremacía, muchos religiosos quisieron más abandonar los conventos que arrostrar las iras del tirano, y emigraron á Italia, España, Irlanda y Francia. No faltaron, como decimos, valerosos defensores de la fe, y entre ellos los frailes Peyto y Elstow, que amenazados por Cronwel con ser

arrojados al Támesis, respondieron tranquilamente: «Id con esas amenazas á los ricos de la tierra, que beben en copas de oro y duermen sobre plumas. Poco nos importa que nos echeis al río; tan pronto se va al cielo por agua como por tierra.»

Entre los demás mártires de que hace mención el Decreto, cuéntanse además 18 frailes carlujos, un franciscano, un agustino y varios clérigos.

Es claro que los mártires de las Ordenes religiosas fueron muchísimos más, toda vez que solo de trinitarios asesinados se hace ascender el número á tres mil, pero el decreto en cuestión se refiere á los más notorios, ó de cuyo martirio se han podido conservar pruebas ciertas.

(Mensajero del Corazón de Jesús).



Francia.—Un periódico de Perigueux refiere un entierro civil celebrado con el más repugnante cinismo.

«El difunto, librepensador imbécil, había dispuesto en su testamento que sus funerales se celebrasen con la mayor alegría, prohibiendo que se llorase. Cuando se depositó el cadáver en la hoya, se cantó una canción obscena y se brindó al rededor del difunto, bebiendo mucho. Luego se cantó la *Marsellesa*, y al fin se derramó una botella de Champagne en el ataúd antes de cubrirse de tierra.»

Los salvajes pueden considerarse por muy civilizados en comparación de esta raza.